



SOCIALDEMÓCRATAS

El fin de la socialdemocracia,
sustituida por un
neocomunismo delirante, ha
enrarecido la política, pero no
es el final de la democracia

CUANDO el gobierno de Aznar me nombró director general de la Biblioteca Nacional en mayo de 2000, todavía alentaba en España una socialdemocracia. De hecho, el propio Aznar me tenía por socialdemócrata, y, a pesar de ello, me ofreció el cargo (lo acepté, entre otras razones, porque había dejado de sentirme socialdemócrata diez años atrás). La prensa más afín a la socialdemocracia todavía existente alabó la decisión de Aznar, tomándose asimismo por socialdemócrata, y el equívoco se mantuvo hasta que, pocos días después, al inicio de una conferencia que me correspondía pronunciar, el presentador, un buen amigo mío socialdemócrata, terminó su generoso elogio de mi persona afirmando que mi lealtad estaba con la Biblioteca Nacional y no con el gobierno del PP. Aduje entonces que, no siendo un funcionario adscrito a dicho organismo sino un cargo político nombrado por el gobierno de Aznar, entendía que mi lealtad se debía por entero a éste y a su programa, aunque no militara en el PP. Se rompió el encanto, y la prensa afín a la socialdemocracia no volvió a mencionarme sino para ponerme a escurrir, lo que me produjo un

alivio infinito. Once años después, mi buen amigo socialdemócrata sigue siendo buen amigo mío y socialdemócrata, y yo, aunque sigo sin militar en el PP, soy leal al gobierno de la Comunidad de Madrid, en el que ostento un cargo político. La prensa afín a la socialdemocracia ya no se ocupa de mí ni de nadie, entre otras razones porque ya no hay socialdemocracia ni prensa afín a la misma. El zapaterismo, enfermedad senil del socialismo español, ha acabado con una y con otra.

Que la socialdemocracia haya desaparecido no es una especie inventada por la derecha. Lo sostenía con impertinente convicción, el pasado viernes, el filósofo José Luis Pardo en el periódico otrora más afín a la socialdemocracia, quejándose de que la idea que hoy predomina en la izquierda acerca de la imposibilidad de la socialdemocracia goce hoy de gran consenso (supongo que en la izquierda), y que incluso los socialdemócratas estén «dispuestos a admitir su obsolescencia frente a los tecnócratas de Goldman Sachs». Pardo ve un desierto en el espacio intermedio entre el capitalismo financiero y el comunismo redivivo de la única izquierda rampante, un espacio que antes ocupaba la política. Error. Lo que ha desaparecido de ese espacio es la socialdemocracia, no la política misma, si bien admito que la desaparición de la socialdemocracia enrarece considerablemente la atmósfera necesaria para la salud de la política (o sea, en palabras de Pardo, del Estado de Derecho y de la ciudadanía), y que, por tanto, sería bueno para todos que la izquierda reconstruyera pronto una socialdemocracia, si no como Dios manda, al menos como la democracia demanda. Pero el espejismo de Pardo, que hace suya la misma visión del problema que difunden los neocomunistas que critica, no parece que vaya a contribuir a semejante tarea. Mis amigos socialdemócratas sin socialdemocracia, pocos, asqueados (y viejos como yo), saben que ese espacio que Pardo ve vacío está ocupado por una fuerza democrática que hoy mismo se revelará, sin que haya lugar a dudas, como la nueva mayoría política en España.